



CECILIA PISOS

Por fin, la magia


azulejos

Ilustraciones de LAILA EKBOIR

Por fin, la magia

Cecilia Pisos

ILUSTRACIONES
DE LAILA EKBOIR

 | estrada
Seguimos haciendo historia


azulejos

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: María Soledad Silvestre
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Ana G. Sánchez

Pisos, Cecilia
Por fin, la magia / Cecilia Pisos ; ilustrado por Laila Ekboir. - 1a ed
.- Boulogne : Estrada, 2019.
128 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Roja ; 73)

ISBN 978-950-01-2423-2

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Literatura Infantil. I. Ekboir, Laila, ilus. II. Título.
CDD A863.9282



Colección Azulejos - Serie Roja

73

© Editorial Estrada S. A., 2019.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.


Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2423-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



LA AUTORA
Y LA OBRA



CECILIA PISOS nació en Buenos Aires en 1965. Se interesó por la lectura y la escritura desde muy chiquita y, ya en séptimo grado, comenzó a dar señas del oficio que iba a escoger. Ganó un concurso de ensayo en una cooperativa y así, pequeña como era, con el dinero que recibió por ese premio se compró su primera máquina de escribir.

De grande estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y trabajó varios años como investigadora y docente universitaria. Publicó artículos académicos e hizo una Especialización en Gestión Cultural y Políticas Culturales en la Universidad Autónoma Metropolitana (México).

Trabajó también en el área educativa. Dirigió la sección *Zona de Letras* de *educ.ar*, el portal del Ministerio de Educación. Además, fue autora, editora y coordinadora de varios textos escolares.

Con Istvansch impartió en Casa de Letras un curso de Literatura infantil y juvenil, *Alas de ida y vuelta*. Y actualmente da capacitaciones docentes y talleres en la escuela virtual *Entrepalabras*.

Su primer libro para chicos, *Las hadas sueltas*, apareció en el año 2001. Y desde entonces no dejó de publicar: tiene hasta el momento más de 100 títulos en el mercado editorial de Argentina y del exterior. Son algunos de sus libros: *El pájaro Suerte*, *Soplacoplas*, *El libro de los hechizos*, *Querida autora*, *Rey de golosinas*, *La memoria del vampiro. ¿Te lo cuento otra vez?* (finalista del concurso internacional de Literatura Infantil Julio C. Coba), *Como si no hubiera que cruzar el mar* (preseleccionado en los Premios Literarios Jaen 2003), *El té de la princesa*, *Esto no es una caja* (ambos finalistas del Premio SM Barco de vapor, 2004 y 2011 respectivamente), *Un cuento por donde pasa el viento* (Destacado de Alija en 2005), *San Valentín de los dientes* (recomendado en 2010 por la Sección mexicana de IBBY), *Una taza de duendes*, *Tablet*, *Pampa*, *Circo* (recomendados por la Fundación Cuatrogatos en 2016, 2017, 2018 y 2019 respectivamente) y *Esto que brilla en el aire* (Premio Hispanoamericano de poesía para niños en 2016 y Premio Fundación Cuatrogatos en 2018).



La obra

LOS DERECHOS DEL NIÑO

Eglantyne Jebb, fundadora del movimiento *Save the Children*, redactó por primera vez los *Derechos del niño* en Ginebra (Suiza) en el año 1924. Varios de estos principios fueron retomados en 1948 por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en la *Declaración universal de los derechos humanos*, a la vez que el Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para los Niños (UNICEF) continuaba trabajando sobre las necesidades particulares de la infancia. Así se llegó a la conclusión de que era necesario redactar una serie de principios específicos para los menores y, de este modo, en 1959 se aprobó la *Declaración universal de los derechos del niño*.

Sin embargo, esta Declaración no garantizaba el cumplimiento de sus principios y por este motivo en 1989 se firmó (tras un largo debate) la *Convención por los derechos del niño*. De acuerdo con este último tratado, que sigue vigente hasta nuestros días, los Estados participantes (hasta el momento son 196) tienen la obligación de hacer cumplir, en sus respectivas naciones, todos y cada uno de los derechos establecidos para la infancia.

Entre ellos, podemos enumerar: **1)** el derecho a la igualdad sin distinción de raza, religión o nacionalidad; **2)** el derecho a tener un nombre y una identidad; **3)** el derecho a recibir una alimentación, vivienda y atención médica adecuadas; **4)** el derecho a la educación; **5)** el derecho al esparcimiento; **6)** el derecho a la libre expresión; **7)** el derecho a ser protegidos del maltrato, los abusos y la explotación; **8)** el derecho a la intimidad; **9)** el derecho a crecer en un entorno amoroso y familiar; **10)** el derecho a ser los primeros en recibir ayuda frente a una situación de peligro; **11)** el derecho a ser escuchados y a opinar respecto a cualquier situación que los involucre directamente; **12)** el derecho a la información (especialmente a aquella que les concierne de manera personal, por ejemplo acerca de sus propios derechos), etc.

Asimismo, a lo largo de los 54 artículos que componen este documento, se deja establecido que estos derechos son universales (corresponden a todos

los niños del mundo), indivisibles (no hay un derecho que sea más importante que otro) e interdependientes (si uno no se cumple, se transgreden todos).

En nuestro país, la *Convención por los derechos del niño* se ha incorporado a la Constitución Nacional y tiene su plena recepción con la Ley de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes (N° 26.061) y en el Código Civil y Comercial de la Nación. Asimismo, se ha creado la figura del Defensor de los niños que debe ser designado por el Congreso Nacional.

**Tres o cuatro rayitas
de luz amarilla**

Mientras recorría las doce cuadras de tierra que separaban la escuela de su casa, esa tarde Santino iba pensando y repensando cómo hacer para que el dibujo que les había encargado de tarea la maestra, resultase “el viaje más hermoso del mundo”.

A la mañana, habían estado hablando en clase sobre itinerarios, rutas, viajeros, medios de transporte y todas esas cosas. Primero salió el tema de los colectivos, como el 233 y el 475, esos que pasaban cerca pero que él no podía tomar para volver a su casa porque su papá se olvidaba siempre de ir a hacer el trámite de la tarjeta de transporte.

Después, hablaron de esos barcos antiguos en los que habían cruzado el mar los exploradores, los que habían llegado por primera vez a América —donde vivimos todos nosotros, había aclarado la seño—, desde el otro mundo, Europa. Luego siguieron las guerras y al final, se habían quedado a vivir. Lo de la guerra había estado mal, claro, pero esos barcos... ¡eran fantásticos!, pensó Santino.

La seño les mostró un video. El barco cabía en la pantalla del teléfono de la seño pero en realidad, en el documental explicaban que se necesitaba un bosque entero para construir toda la parte de abajo, el casco, y la cantidad de

mástiles que tenía. ¡Si parecía que habían trasplantado el bosque, pero pelado, encima de la cubierta! Esos también eran los barcos que usaban los piratas. Santino se acordó del capitán Jack Sparrow de *Los piratas del Caribe* y se rio solo. ¡Cómo le habría gustado viajar en una de esas naves que casi volaban por encima de las olas!, pensó mientras se salpicaba, saltando entre los tablones que los vecinos habían puesto para cruzar el arroyo que interrumpía la calle por donde se llegaba a su casa. “¡Y cómo se sentirían las tormentas en esos barcos!”, había dicho la seño. En el documental, de tan grande, el barco de golpe se volvía una cascarita de nuez en medio de la tempestad de viento y agua, moviéndose como loco en el inmenso mar.

Después, habían seguido hablando de otros medios de transporte, por ejemplo, los trenes, que primero los habían fabricado con mucho humo y ruido y que ahora eran eléctricos y silenciosos. También los aviones habían empezado siendo hombres con alas de lona que se tiraban desde algún precipicio, y terminaron iguales a esos que él veía pasar a cada rato por el cielo del patiecito, cuando alimentaba a los pollos y a las gallinas, si llegaba antes que su papá y su tío a casa. Como parecía que era el caso ese día. Primero, tendría que alimentar a las aves, luego se sentaría a tomar la merienda. La portera le había dado un *sachet* de leche de los que habían sobrado en la escuela, y solo le quedaba detenerse, al pasar por la panadería, para preguntar por el *pan-de-ayer*, que era el que les “vendían gratis” a todos los

chicos del barrio los panaderos, Julia y Roberto. Y entonces sí, podría sentarse a hacer el dibujo del “viaje más hermoso del mundo”, como había pedido la seño.

Que se imaginaran viajando en alguno de esos medios de transporte de los que habían estado hablando en clase era exactamente la consigna. Pero que se imaginaran “de verdad”, no como con esos anteojos de realidad virtual que se habían probado a principio de año en la excursión a la Feria del Futuro. “Que te dejan quieto, viajando los viajes de otro”, había dicho la seño. Que apenas se conectaban, te desconectaban de la mejor pantalla que uno podía mirar, la de la imaginación. Que era una pantalla que no costaba nada, y que nadie tenía que hacer esfuerzos para comprar, porque nadie la podía vender. Santino no había entendido mucho esta parte que la seño había dicho poniéndose muy colorada y con los ojos prendidos como dos lucecitas muy brillantes. Pero igual le habían gustado sus palabras. Porque ella les había pedido que, antes de hacer el dibujo en el que ellos mismos fueran los viajeros, cerraran los ojos para que se les conectara la imaginación y que, de la imaginación, copiaran directo en la hoja lo que veían adentro de sus cabezas.

Y era mil veces mejor cerrar los ojos y dibujar alguno de esos barcos gigantes que uno de los destartados 233 o 475 que aunque pasaban y pasaban, iban vacíos de pasajeros porque todos en su barrio caminaban. Por eso habían puesto los tablones, que ahora pisaba otra vez Santino, porque el arroyo meta caracolear entre las casas. Sin embargo,

ese día, si cerraba los ojos, con el ruido de sus pies sobre las maderas, se imaginaba atravesando la cubierta de uno de esos barcos inmensos como un barrio entero. Lo último que hizo antes de llegar a la basura que cubría la otra orilla fue taparse un ojo, para imaginar cómo vería las cosas por la mitad un pirata. Y así vio menos basura, de paso.

Bien rapidito entonces, el pirata Santino alimentó a los tiburones del patio del fondo, perdón, a los pollos, y se bebió de un trago la leche. Los mayores siempre le decían que no estaba bien limpiarse la boca con la manga pero, ¡qué tanto!, si ese día él era un intrépido navegante. No se iba a fijar en detalles y menos cuando se sentó a copiar con su lápiz el embravecido mar y empezó a sentirse, entre las cuatro paredes de la cabina del barco, la tormentaza que se venía encima.

Por un buen rato, Santino dibujó y dibujó olas y luego, medio tapado, el gran casco del barco y más tarde, todos los mástiles unidos por las sogas que hizo con el lápiz negro pero apretando poco. Y también las velas, que le quedaron grandes e hinchadas porque ya la tormenta estaba golpeando la chapa de la puerta de su casa y las gotas caían gordas, pesadas, como si estuvieran apedreando el techo con cascotes.

En una puntita de la hoja del cuaderno dibujó, sin embargo, una isla lejana con lápiz verde, y tres o cuatro rayitas de luz amarilla en el cielo todo gris, como si estuviera por salir el sol. Después, se fijó la hora y se apuró a pelar las papas

del cajoncito de la cocina para meterlas en la olla, y en la cacerolita negra puso a hervir tres huevos, uno para cada uno.

Su papá y su tío, que llegaron empapados, se alegraron de que la comida estuviera lista y caliente, y mientras Santino terminaba de prepararla, pusieron a secar su ropa para el día siguiente. Comieron callados como siempre, porque la tele hablaba más que todos. El tío había comprado mandarinas y Santino se acordó de que la seño les había contado que a los navegantes antiguos les agarraba una enfermedad muy rara si no comían cítricos frescos como las naranjas, los limones y las mandarinas, que era muy difícil conservar en alta mar porque no había heladeras. Ellos tampoco tenían. Pero no hacía falta: todo lo que compraban lo comían, no quedaba nunca nada para conservar.

Se acostaron a las diez y media. La tormenta se puso más brava. Se cortó la luz. No se podía ver nada pero tampoco era posible dormir por el gran ruido. Y no se podían contar las gotas que caían sobre el techo de chapas con ruido de balas porque eran tantas que caían todas juntas. Pero sí se podían contar los rayos. Santino contó: uno, dos, tres... siete... nueve... quince. El viento silbaba y entraba chiflando por las ventanas. Santino-pirata cerraba los ojos y su imaginación se encendía como una pantalla para adentro, “¡Estoy en medio del mar!”, tal como les había explicado la seño.

De repente, el viento pegó un golpe en la puerta, como si fuera un cachetazo, y la abrió. El papá y el tío, que se ve que

de tan cansados no podían ni imaginarse la tormenta, se despertaron con gruñidos y se dieron órdenes uno al otro:

—¡Cerraré esa puerta, Cholo!

—¡Cerrala vos, César!

Uno de los dos, Santino no abrió los ojos, se levantó y la cerró. Paró el frío; la tormenta, no. Al rato, otra cachetada del viento. ¡Era un desafío! Santino pensó en el capitán Garfio de la peli de Peter Pan.

—¡Nene, Santi, cerrá esa puerta, ¿querés?!

Santino oyó, pero se hizo el dormido. ¡Estaba tan calentito bajo su manta! No quería sacar ni la nariz afuera. Otra vez, uno de los dos, su papá o su tío, se levantó por fin y dio un nuevo portazo. Después Santino escuchó cómo arrastraba una silla y la ubicaba contra la puerta para trabarla. Pero en un rato más, el peor pirata demostró ser el viento que, de otra bofetada, empujó la puerta contra la silla. A partir de ese momento, cada vez que soplabá, hacía chocar la chapa de la puerta contra la madera de la silla. ¿Así serían los ruidos de una tormenta en altamar?, pensó Santino.

Enseguida, y sin decir “andá vos”, uno de los dos, su tío o su padre, se levantó a los tropezones y trató de acomodar la puerta. Inútil: durante un rato más, alguien luchó en la oscuridad, en medio de los truenos, a las puteadas y los tumbos, con el viento y la puerta. Santino, cansado, empezó a arrullarse con la cancioncita que Fiorella, una nena de su grado, había cantado esa mañana, cuando hablaron sobre los barcos:

| | |
|---|------------|
| La autora y la obra | 3 |
| Biografía | 5 |
| Los derechos de los niños | 6 |
| | |
| La obra | |
| Tres o cuatro rayitas de luz amarilla | 9 |
| Borrón y cuenta nueva | 21 |
| ¿Qué le dijo el puercoespín al cactus? | 31 |
| Peti | 43 |
| Secretitos | 55 |
| “Por los Derechos de los Niños” | 65 |
| Moquito feliz | 85 |
| Por fin, la magia | 99 |
| | |
| Actividades | 113 |
| Actividades para comprender la lectura | 114 |
| Actividades de producción de escritura | 118 |
| Actividades de relación con otras disciplinas | 120 |

Por fin, la magia

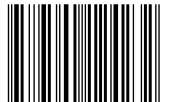
Cecilia Pisos

Estos cuentos hablan de los derechos de los niños y las niñas. Pero hablan sobre todo de los sueños, las ideas, las esperanzas y los proyectos de la infancia en medio de un mundo que todos construimos a diario con nuestros errores y nuestros aciertos.



Cód. 46622

ISBN 978-950-01-2423-2



9 789500 124232 >



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia